



DURA LEY

A Miguel Avalos

«Escribe la verdad el que muestra el bien que hacen los hombres, es decir, lo que hacen de acuerdo con la voluntad divina, y el mal que causan, es decir, lo que ejecutan en contra de la voluntad de Dios. La verdad—he aquí el camino.»

TOLSTOI.

EN un rincón del mundo, en un barrio de la ciudad, en donde la vida tiene tan crueles injusticias, conocí á una muchacha llamada Beatriz que parecía una princesita vestida de andrajos, tan bella era con sus ojos de cielo invernal, su nariz de virgen siciliana, su boca ligeramente contraída por una sonrisa festiva, su frente ancha coronada de rizos trigueños, y su cuerpo esbelto, ágil, travieso. Parecía una niña rica abandonada, no una pobre. Sus pies largos, de aristocrático empeine, estaban hechos para calzar la media de seda suave y la bota de piel fina, no para pisar, desnuda-

dos, los lodos del barrio y los cascajos de la vecindad.

Cómo esa mujer de facciones de ídolo, greñuda sucia, que muele maíz en su metate, pudo ser el molde de la niña delicada? Cómo ese hombre de cráneo estrecho, de toscos puños, de ceño agresivo, que lamisca su comida y gruñe palabradas, pudo crear á la niña adorable? Entre las gentes del pueblo sorprenden á veces estas formas puras, estos seres ideales de ojos azules y exquisitos talles, productos casi siempre de odiosas mezclas de sangre, destinados á la corrupción y al dolor.

Beatriz se marchitaba antes de que su alma se abriera á la vida de la juventud. Por los resquicios de su choza colábanse, en tiempo de frío, las ráfagas ateridas; en tiempo de lluvia los vahos de la humedad; en las mañanas la gritería aguda de los pilluelos y la ronca vociferación de los mujeres, en las noches fragmentos de letanías y bostezos de cansancio, rasgueos tristes de vihuela y cantos de amor en sordina. Su alimento era escaso: el olor de las cocinas, al medio día, cuando el maíz se dora y esponja en los comales y la carne chorrea sus jugos en las parrillas, en los labios de la princesita se apagaba la sonrisa festiva. Su cama era dura: bajo el destramado sarape, su sueño era interrumpido por la querrela ebria de los padres ó por algún murciélago chillón de alas ásperas que arañaba

las paredes. Pero apenas dormida,—¡oh divina inocencia!—la Fantasía rica en galas y espléndida en dones, obsequiaba á la niña con juguetes de porcelana y novios de dulce.

En el barrio nadie la quería. Las muchachas cascarrientas la codeaban provocativamente, y los muchachos maldadosos, jugando pizpirigaña, la perseguían con bromas groseras y chistes obscenos. Cómo la habían de querer si sus ojazos de cielo eran tan diáfanos y sus pestañas chinas tan sedosas! No era de ellos, de los pobres; era una extraviada del mundo rico, tenía otra sangre, otro cutis, otra alma. El timbre de su voz no cuadraba con la burda sosería, su cuerpo no se prestaba á las actitudes insolentes, sus manos no cumplían bien los oficios viles. Era limpia, remilgada, coqueta: mirábase en un pedazo de espejo y con un peine roto se aliñaba la cabellera. Adoraba, hasta la manía, los objetos brillantes, las cuentas de color, los azulejos, las baratijas vidriadas. . . . El odio popular la designaba con la palabra infame: *La Rota*. Este odio es fisiológico, brota de los poros del cuerpo, de una manera irresistible: se inicia en las miradas oblicuas de suspicacia y estalla en las agresiones brutales de revancha. El hombre del pueblo tiene un instinto afinadísimo por la herencia, especie de olfato animal, que le hace sentir y conocer al enemigo, amo implacable si es fuerte y presa segura si es débil.

Es cobardemente sumiso con el amo, y por lo mismo terriblemente soberbio con la presa. Lame la mano ó la muerde.—Beatriz era demasiado pura, demasiado bella, vástago de otra raza, de la raza maldita; y la repulsión que empezara con los regaños enconados del padre y las zurribandas feroces de la madre, se continuaba en la vecindad con el apodo, el pellizco, la maldad terca y punzante.

El padre! estaba seguro de serlo? Al contrario, estaba cierto de no serlo, la sangre se lo decía. De otro modo, por qué si iba hacia él esa niña tan solícita sentía que su mano, en vez de abrirse suavemente para la caricia, se cerraba colérica para el golpe? por qué esas miradas azules capaces de encender fanales en el alma, le obscurecían la vida? por qué no besó nunca esa boca, dulce como la miel de una frambuesa? Hombre rudo, primitivo, sin más ciencia y sin más moralidad que su instinto, de un solo salto, en un solo instante, sin raciocinios y sin dudas, había llegado á la convicción: Beatriz no era su hija, era la hija de un rico. Ah! la venganza esperada! el legado de sus abuelos! El marido sentía herir las seculares rencillas, mirando de soslayo á su mujer, que bajaba los ojos, recelosa. En otras circunstancias, la infidelidad. . . *psst!* eso qué! el hombre se había encogido de espaldas. Pero la mujer le había faltado con un enemigo, con un rico! Un bofetón más, una

victoria nueva! Y con los arrebatos de un humillado que se venga, sus injurias sonaban como golpes de mazo. Pero todo esto se borraba en su cerebro al ver á Beatriz. Era suya, tan suya como si fuera su hija; la poseía, la dominaba; y cuando la infeliz no podía obedecer á órdenes contradictorias—«siéntate! levántate!»—la mano sacrílega. . . . La madre también! con la vanidad adolorida de la hembra que ha recibido un mimo y un desprecio, había empezado su venganza degradando á un noble y la concluía corrompiendo á una inocente!

La aristocrática niña se volvió huraña, con nadie hablaba, vivía escondida. Un abatimiento infinito la dominaba. No volvió á verse en el pedazo de espejo; no volvió á pasar el peine roto entre los bucles trigueños de su cabellera, no volvió á recoger objetos de colores, no volvió á sonreír con la sonrisa de miel de su boca . . . El soplo primaveral de la Juventud no la hizo flor . . . No tuvo estremecimientos, ni anhelos, ni ensueños. Así era el mundo? tan duro? tan sombrío? no habría en otra parte, allá lejos, detrás de una cortina ó de una enramada, algo bueno, algo santo, una caricia, un beso, una oración? . . . La voz humana sólo sabe injuriar? no ha aprendido una sola palabra de caridad ó de amor? no hay una Virgen que protege á las niñas desvalidas? no hay un Dios que ampara á los corazones enfermos? . . . Pero Beatriz no pensaba en el do-

lor, lo sentía, no pensaba en la felicidad, la adivinaba. La felicidad está allí: en aquel grupo de niños rubios que corren detrás de un aró ó de un globo rojo, entre flores y rayos de sol. Y Beatriz lloraba . . .

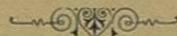
El tiempo no fué muy cruel con ella: pronto la mató. La lucha había concluido. Los terribles vencedores, el hombre de toscos puños y la mujer sucia y greñuda, mudos, prontos al asalto, en una vereda del gran camino, espían otra presa social, para corromperla ó matarla.

Y el verdadero padre de Beatriz? Supo que tenía una hija?

Sí: aquél es, aquel joven elegante que en un teatro clava sus gemelos en una señorita, que en un salón la galantea, que pronto la hará su esposa.

Cuando en un teatro ó en un salón observo esos grupos de jóvenes frívolos, sin una sola idea, sin un solo amor, pienso en la princesita vestida de andrajos, con sus ojos de cielo invernal y su nariz de vírgen siciliana, y exclamo como el divino evangelista: ¡Raza de víboras! . . .

Julio, de 1892.



NUPCIAS MISTICAS

AN ESPERANZA DE ALMA

MANUSCRITOS

DE

JOSE REGIS

(NUPCIAS MISTICAS. — EVANGELIOS)

A ANDRES MOLINA